

# MIGRACIONES HISTÓRICAS

El propósito de dedicar un número de **Las Puertas del Drama** al fenómeno social de la emigración en función de sus resultados culturales y sobre todo teatrales, tal vez sea demasiado ambicioso en su planteamiento y demasiado confuso en su metodología, además de claramente incierto en sus resultados.

[ Domingo Miras ]

¡La emigración y el teatro! Un extraño binomio, toda vez que, en general, al emigrante le empuja la necesidad más elemental de supervivencia, tiene sin duda perentorias preocupaciones de convivencia y adaptación, y difícilmente estará el teatro entre ellas. Se da a veces el caso de emigrantes con motivación política que continúan desarrollando en el país de acogida el trabajo intelectual (el teatro, por ejemplo) que practicaban antes de su desarraigo. ¿Se centrará en estos casos individuales la dedicación del presente número de la revista? Evidentemente no, ya que, en tales casos, la emigración no supone choque alguno entre culturas distintas, y es esta relación intercultural la que ha puesto en marcha el interés por hacer un número sobre la emigración.

La emigración, pues, como gran movimiento de masas, aunque tales masas no se desplacen colectivamente, sino por medio de un aparente goteo que a medio plazo ofrece el resultado de un incremento de población exótica en el país de acogida. Esta población adventicia lleva consigo sus peculiaridades y costumbres, su religión, su lengua, su cocina, sus trajes, su cultura, en una palabra. Una cultura que se relaciona con la del lugar de destino de manera diversa, en función de su mayor o menor facilidad de integración. Por ejemplo, las corrientes migratorias que durante el siglo XIX confluyeron en Estados Unidos procedentes de Italia, Irlanda o Polonia, se integraron fácilmente en

un par de generaciones adoptando el idioma inglés de acogida, aunque conservando en gran parte el catolicismo de origen. Podía apreciarse en todos ellos la decidida voluntad de dejar de ser lo que habían sido y convertirse en americanos. ¿Se da en el siglo XX la misma circunstancia en relación con los hispanos? La enorme población hispana de los Estados Unidos comprende varias generaciones, no son sólo los inmigrantes, sino sus hijos y sus nietos, que no han perdido su idioma original aunque lo han adaptado a las nuevas necesidades, que no quieren ser americanos, sino americanos-hispanos, una forma especial de americanismo, una especialidad que les identifica, y aquí nos encontramos ante un dato altamente significativo en relación con la integración de los inmigrantes: el deseo de conservar su propia identidad.

¿Qué es lo que hace que los inmigrantes del siglo XIX en USA quisieran permutar su identidad italiana, irlandesa, polaca, por la de un *yanquee* que solía alardear de que su historia era el futuro, mientras que, en la actualidad, la identidad hispana originaria es celosamente conservada frente a la de una sociedad tan amplia y difusa que difícilmente coincide en la valoración de algún rasgo común, como el de ser ciudadano de país más poderoso de la tierra? ¿Tal vez la conciencia de que la propia identidad es menos valiosa que la futura o, por el contrario, tiene unos valores espirituales, una fuerza de cohesión, unas referencias socio-

---

¿Qué es lo que hace que los inmigrantes del siglo XIX en USA quisieran permutar su identidad italiana, irlandesa, polaca, por la de un yanquee?

---



históricas y populares que la hacen superior al pueblo informe y extraño en el que se sienten desplazados?

En todo caso, la enérgica conservación de las señas de identidad originarias parece ser un fenómeno general entre las masas migratorias de nuestro tiempo. El fenómeno del velo entre las niñas de las escuelas laicas francesas es ilustrativo: entre prescindir de la enseñanza o prescindir del velo, sus padres optan por prescindir de la enseñanza. Posiblemente, en su acervo cultural no sólo está el velo, sino un cierto rechazo residual a que sus mujeres estudien, máxime si el objeto de su estudio es la cultura occidental.

Unos inmigrantes que con tanto apego conservan la totalidad de sus costumbres, sus vestidos, su cocina, sus fiestas, su religión y su lengua, difícilmente se integrarán en la sociedad receptora, salvo en las estrictas necesidades laborales que posibilitan su acomodo económico. Para el resto de la vida social, tenderán a agruparse entre sí formando colectividades cerradas con domicilios próximos, centros de reunión, tiendas y comercios exclusivamente locales, relaciones de aldea incrustadas en la ciudad industrial en que suelen radicarse por razones de trabajo.

Sin embargo, este fenómeno no es responsabilidad exclusiva de los grupos inmigrantes. La sociedad de acogida suele dar por buena esta vida cerrada de los forasteros, y refuerza, promueve o facilita su reclusión en barrios especiales, procurando enquistarlos en reductos cuya autosuficiencia los hace más o menos herméticos, un poco a la manera de los antiguos *ghettos* aunque sin el ostentoso descaro de murallas y puertas, a fin de que su perturbador exotismo, desgraciadamente inevitable, permanezca circunscrito a unas áreas limitadas y precisas.

Grupos sociales peculiares incrustados en otra sociedad. Mirados con desconfianza y hostilidad, los individuos que por falta de acomodo laboral incurren en algún tipo de delincuencia propician que los poderes públicos graviten sobre la totalidad del grupo con una vigilancia permanente y meticulosa cuyas incomodidades y humillaciones provocan soterrados sentimientos de rencor y de odio que no ayudan precisamente a los eventuales deseos de integración.

Aunque sea a título anecdótico, cabe recordar algún caso en que esta desconfianza hacia el inmigrante llega a extremos que pueden parecernos casi grotescos. Concretamente, los ciudadanos suizos han rechazado recientemente en referéndum una modificación de su Constitución que daba la posibilidad de conceder la ciudadanía suiza a los inmigrantes de segunda y tercera generación. Es decir, que incluso los nacidos en Suiza cuyos padres también han nacido en Suiza, no pueden adquirir la nacionalidad del país en que han nacido ellos y sus padres. Y, por añadidura, casi todos los que se hallan en este caso, son descendientes de españoles e italianos: véase qué insalvables diferencias culturales, qué inasumible exotismo de creencias y hábitos tendrán depositado en su memoria genética. Para completar la curiosidad, no está de más recordar que Suiza, cuyas hermosas montañas nunca pudieron alimentar a su población, fue siempre tierra de emigrantes. A lo largo de la historia, los suizos fueron los más asiduos soldados mercenarios de las cortes europeas y todavía, como reliquia histórica de esa situación, la guardia honorífica del Papa de Roma está formada por los vistosos suizos cuyo uniforme diseño Miguel Ángel. Y, si a lo largo de varios siglos los suizos han emigrado para buscarse la vida individualmente, ¿qué diremos si con-

---

Los nacidos en Suiza cuyos padres también han nacido en Suiza, no pueden adquirir la nacionalidad del país en que han nacido ellos y sus padres.

---

---

Los recién llegados aqueos, bajados del norte a impulsos del hambre, que desde la árida roca de Erecteo, la que más tarde sería prestigiosa Acrópolis de Atenas, soñaban con la abundancia de Creta.

---

templamos la historia antigua? Cuando Julio César conquistó las Galias, ¿cuál fue su primera campaña? Recordemos el comienzo de sus *Comentarios*: los helvecios, es decir, los suizos, tuvieron que abandonar sus tierras impulsados por el hambre. Le pidieron permiso para cruzar el territorio de los alobroges, aliados de Roma, y César los entretuvo con buenas palabras mientras reunía sus legiones. Después, se lo denegó. En vista de ello, los helvecios, con sus innumerables carros cargados con sus enseres domésticos, ancianos, mujeres y niños, dieron un rodeo y pasaron por las tierras de los secuanos y llegaron a las de los heduos pero, alegando que éstos también eran amigos de Roma, César cayó sobre ellos y los exterminó.

Actualmente asistimos a un fenómeno migratorio a gran escala cuya causa principal puede ser la globalización económica del planeta. Durante décadas, los países industrializados se han enriquecido cada vez más, mientras que los subdesarrollados se hunden progresivamente en la miseria. Los desesperados ciudadanos de estos países condenados al hambre y a la enfermedad, carentes de toda expectativa de mejora e incluso de subsistencia en su tierra natal, se lanzan por todos los medios a su alcance hacia los lugares prósperos en que pueden encontrar una solución individual a su estado de necesidad. Este goteo hacia unos estados cuyas fronteras se van haciendo cada vez más impermeables, acaba por producir en estos a la larga un fenómeno demográfico antes impensado: un porcentaje apreciable de su población es de origen foráneo y, además, aporta un descenso de la edad media de los habitantes del país, no sólo por la juventud de los inmigrantes, sino, sobre todo, por su tasa de natalidad, mucho más elevada que la de la población autóctona.

Este permanente crecimiento del número de habitantes de origen extraño y cultura distinta, ha terminado por producir una llamada de atención de la que han derivado dos reacciones opuestas: por una parte, la de quienes lo consideran un hecho positivo, por ver en ello un estímulo para el mestizaje cultural, con toda la riqueza espiritual que de ello se derivaría; por otra, la de quienes ven en esa afluencia una amenaza para sus costumbres tradicionales y su medio social familiar, a los que aman y desean conservar.

La preferencia por uno u otro punto de vista es una cuestión personal de cada uno, y yo no voy a declarar ahora cual es la mía, aunque creo tenerla bastante clara. Lo que sí voy a hacer, es volver los ojos hacia la historia remota y recordar unos hechos que me parecen sugestivos por entender que tienen cierta analogía con este tema.

En la Mitología griega, hay un episodio muy conocido que está recordando, de una forma poetizada, un acontecimiento histórico muy anterior, que se conservaría convertido en leyenda. Me refiero a Teseo y el Minotauro. En la poderosa Creta, el rey Minos había impuesto a los griegos atenienses la obligación de entregarle cada año siete mancebos y siete doncellas, que eran encerrados en el Laberinto, donde el Minotauro los devoraba. El príncipe Teseo se incluyó voluntariamente en uno de aquellos envíos y, una vez en el Laberinto, dio muerte al Minotauro con la ayuda de Ariadna, a la que se llevó como voluntario botín, para abandonarla y casar después con su hermana Fedra. Hasta aquí, el mito. Detrás de él, hay que ver al imperio micénico, la talasocracia cretense ya en decadencia, pero con el imponente prestigio que aún debía conservar y una población envejecida y opulenta en las ricas ciudades de Knossos y Faestos, en las villas y casas de campo que cubrían la isla, y frente a ella, al otro lado del mar, los recién llegados aqueos, bajados del norte a impulsos del hambre, que desde la árida roca de Erecteo, la que más tarde sería prestigiosa Acrópolis de Atenas, soñaban con la abundancia de Creta, anhelaban participar de ella, y los más audaces o afortunados lograban alcanzar aquella tierra de promisión para trabajar como peones y braceros en los jardines y construcciones de aquellos sibaritas, y poco a poco (de siete en siete, para el mito) fueron llegando más y más, integrándose en aquella sociedad (encerrados en el Laberinto, devorados por el Minotauro) hasta llegar a ser tantos en relación con los autóctonos (llegada de Teseo), que su cultura se impuso (muerte del Minotauro) tras aliarse con la cultura local (ayuda de Ariadna). La propia Ariadna como botín abandonado, puede significar un desenlace de victoria militar y conquista; al ser el mito una elaboración aquea, bien puede dar este desenlace autocomplaciente como realización del ego colectivo, aunque los restos de incendio de los palacios eviden-

---

ciados por la arqueología parecen confirmar que la muerte del Minotauro debió de ser bastante brusca.

La consecuencia de aquellos acontecimientos fue una cultura (o civilización, en la terminología de Toynbee) nueva, la clásica o grecorromana. Una cultura más próxima a nosotros y que ya conocemos mucho mejor. No es necesario extenderse sobre su teatro, su literatura, su arquitectura, sus artes plásticas, su filosofía, su política...

¿Podemos considerar que el fenómeno anterior se reproduce a grandes rasgos unos siglos después? Cuando, tras un largo proceso de evolución histórica, la cultura clásica transfiere su hegemonía política desde las ciudades griegas a Roma y ésta, a su vez, entra en una decadencia parecida a la de los antiguos cretenses, se va haciendo cada vez más frecuente la cesión de tierras fronterizas a agricultores o ganaderos germanos que vienen así a instalarse en el interior de los teóricos límites del Rhin y del Danubio para, más adelante, con el constante crecimiento de su número, ir penetrando progresivamente en el corazón del Imperio, ocupándose de trabajos duros o especiales, ingresando en las filas del ejército en el que pronto acabaron por desempeñar puestos de mando... El proceso es lento e imparable. Cuando se produce la desaparición oficial del Imperio Romano por la deposición del último emperador por el ostrogodo Odoacro, ya hacía mucho que la cultura grecolatina se había desvanecido en Roma, el latín se había barbarizado, la religión oficial era el cristianismo desde tiempo atrás, la indumentaria era distinta, las provincias orientales se habían separado política y culturalmente... Aquella deposición de Rómulo Augústulo fue una mera ceremonia formal que pasó desapercibida. En realidad, esa imagen más o menos plástica y general de Roma asolada por los bárbaros del norte tiene más de simbólica que de real, y puede deberse a la amplificación de episodios mucho más puntuales, de los que uno pudiera ser la destrucción brutal y sistemática de los templos y estatuas de los antiguos dioses que los cristianos llevaron a cabo a raíz del edicto de Constantino; otros, serían los saqueos de la ciudad por los visigodos de Alarico y, más tarde, por los vándalos de Genserico, aunque con la notable peculiaridad

de que estos últimos no procedían del norte, sino del sur: subieron a Roma con sus barcos, desde África.

Como en el caso anterior, unos inmigrantes en número creciente han ido ocupando un área cultural y política rica y decadente, y le han insuflado gente nueva en número creciente que, fundida con la población local, ha terminado, pacífica o violentamente, con el vacío cascarón de poder que daba forma política a la vieja cultura.

Y, también como en el caso anterior, una cultura nueva hace su aparición, como consecuencia de estos contactos: la cultura occidental.

Podemos añadir una curiosidad que puede ser una simple coincidencia. La antigua cultura micénica o cretense colonizó el Egeo, y una de sus colonias, muy periférica y sobre un lugar tan estratégico como era el paso a la Prepóntide, aunque su nivel cultural era más bajo que el de la metrópoli, se hizo más poderosa que ella y, cuando ya Creta no existía políticamente, los aqueos la tomaron a fuerza de armas tras una larga guerra que fue poetizada por Homero en el que hoy sigue siendo el más importante poema épico de la literatura universal.

La coincidencia está en que, la cultura clásica que siguió, colonizó a su vez la cuenca mediterránea mediante ciudades con autogobierno a la manera griega, y una de estas ciudades, igualmente en un lugar excéntrico respecto de la zona de origen, aunque con una cultura menos refinada, llegó también a ser más poderosa que la metrópoli, y acabó por sustituirla como rectora del mundo conocido.

Y aún se prolonga la coincidencia en que nuestra cultura occidental, radicada en Europa, colonizó un nuevo continente, y una de aquellas colonias americanas, tan excéntrica respecto de su origen como las dos anteriores, se ha hecho, como aquellas, más poderosa que su correspondiente metrópoli (aunque por su modernidad no ha compartido los períodos más brillantes de la común cultura), y dicta su voluntad al mundo por la mera autoridad del *imperium*.

Basándonos en estas coincidencias, podríamos tener la tentación de profetizar un poco, pero hay que cuidarse de caer en ella. Abstengámonos.

Aunque, a título de simple juego, ¿por qué no pensar que a lo largo de algo más

---

Nuestra cultura occidental, radicada en Europa, colonizó un nuevo continente.

---

---

Todos los que de alguna manera trabajan en el ámbito de la cultura saben muy bien lo fructífero que es todo mestizaje, y quienes pertenecemos al mestizo arte del teatro lo debemos saber muy especialmente.

---

de un siglo, las migraciones habrán absorbido y asimilado culturalmente el continente europeo, y unos dos siglos más tarde habrá pasado lo mismo con los Estados Unidos de América? ¿Y qué nueva cultura nacería de esta síntesis? ¿Una cultura universal de base científica, o una cultura tribal basada en el culto a la identidad?

Dejemos el remoto futuro al ámbito del juego, y volvámonos hacia el estado actual de la cuestión. La emigración desde África hacia Europa es un hecho de creciente importancia demográfica, y se están produciendo algunas reacciones inquietantes. Ya hace tiempo que los estados europeos vienen limitando la entrada sólo para aquellos inmigrantes que tengan un contrato de trabajo. No quieren inmigrantes, quieren trabajadores. Tratan de evitar que les entre una población de desocupados exóticos y desarraigados que aumentarían sus propias masas de marginados sociales. Esta medida del contrato de trabajo para regular el flujo migratorio no produce resultado alguno, los «inmigrantes ilegales» invaden a la opulenta Europa, y varios estados de la Comunidad Europea han propuesto (no sé si cuando esté número salga a la luz esta propuesta habrá sido aprobada o rechazada) que se constituyan en países africanos como Libia, Marruecos y los que fuere menester, «campos de acogida» o «portales de inmigración» (campos de concentración, en definitiva) donde los gobiernos de dichos países africanos recluyan a los que desean emigrar, mandando a los países de destino sólo a aquellos que éstos quieran recibir. Naturalmente, Europa costearía esos campos de manera que los respectivos gobiernos africanos se sintiesen estimulados a dicha colaboración. Intento comprobar en los historiadores del Bajo Imperio si los antiguos romanos tuvieron la análoga desvergüenza de establecer idénticos campos en la áspera Germania, al otro lado del Rin y del Danubio, pero Dion Casio no me aclara nada. Los actuales germanos, en cambio, son unos de los que han postulado el establecimiento de esos «portales de inmigración». Ironías de la Historia.

¿Por qué esa prevención contra el inmigrante? ¿Sólo por miedo a las masas en paro? Sin embargo, cuando el Gobierno propone legalizar de inmediato a todos aquellos ilegales que estén trabajando de hecho,

los conservadores se llevan las manos a la cabeza. Es cierto que todos los gobiernos, por definición, son conservadores, pero unos más que otros.

Por nuestra parte, todos pensamos que **Las Puertas del Drama** deben estar siempre abiertas de par en par a todos los talentos, cualesquiera que sea su origen. Y estas puertas no sólo las de la revista, naturalmente, ni tampoco solamente las del país, sino las del cordial reconocimiento de los valores que aportan. Todos los que de alguna manera trabajan en el ámbito de la cultura saben muy bien lo fructífero que es todo mestizaje, y quienes pertenecemos al mestizo arte del teatro lo debemos saber muy especialmente. Si las culturas de origen nómada como la arábiga y siríaca, cuyas fuentes literarias se orientaron preferentemente a la poesía y la narrativa (y sus obras clásicas y modernas son joyas que todos disfrutamos) mientras que la dramaturgia no fue históricamente cultivada en su mismo nivel, ahora, en cambio, la interrelación cultural con Occidente ha producido desde tiempos relativamente recientes un interés por el teatro que se materializa en festivales y actos de todo tipo, así como en la aparición de dramaturgos como Alloula Abdelkader, Némer Salamún y tantos otros, que acreditan sobradamente cómo la dramaturgia universal se está beneficiando de los contactos entre las distintas culturas, que siempre salen recíprocamente enriquecidas.

Por ello el momento presente es extraordinariamente estimulante, y vale la pena estar sensibilizados y atentos a cuantos fenómenos, tanto políticos como sociales o estrictamente culturales, aparecen todos los días en los Parlamentos, los periódicos, las editoriales o los teatros, que tengan una relación de cualquier clase con el tema de las emigraciones. Porque las emigraciones están en nuestro entorno y, consciente o inconscientemente, recibimos su impacto o su influencia. Creo que estamos éticamente obligados a que esta recepción sea lúcida y responsable, sin desconfianzas ni paternalismos, simplemente dispuestos a colaborar con nuestros iguales. ■